

PABLO

En voz sorda, de ira.

¡¡¡Julio Quintana!!!

Se abalanza al ramo de flores que CARMEN colocó en el centro de la mesa, lo destroza entre sus manos, lo echa al fuego. Luego, dominándose, procurando dar á su voz un tono de tranquilidad añade, vuelto á ENGRACIA.

Al señor Director general, que pase.

TELÓN

## ACTO SEGUNDO

El llamado laboratorio de Pablo: un cuarto grandote, de paredes blancas y lisas. Habrá un tablero grande con algunos instrumentos, no muchos, pero los necesarios para dar la sensación de una labor tenaz y seria. Algunos taburetes, algunas sillas.

Al fondo, la puerta de cristales, con visillos blancos, que conocemos desde el acto anterior. A la izquierda, una puertecita pequeña comunicando con un recuarto donde se supone instalada la estufa; más á primer término, otra puerta que comunica con el interior de la casa. A la derecha, una ventana bastante grande, de vidrios cuadrados.

Al levantarse el telón estarán los tres estudiantes de charla, esperando al profesor.

ESTREMERÁ

No vendrá.

GUEVARA

Por lo menos, á su hora.

ENRIQUE

Rarísimo en él.

GUEVARA

Ya no tanto; la semana pasada, ¿recordáis? nos dió un plantón parecido.

ESTREMERÁ

De hora y media.

ENRIQUE

Pero aquella tarde estaba en casa.

ESTREMERÁ

Se oían desde aquí los gritos.

GUEVARA

No es el mismo don Pablo. Ni en las explicaciones, ¿os fijáis? Suenan á hueco.

ENRIQUE

Como si estuviera á dos leguas del laboratorio cuando explica.

ESTREMERÁ

Sí; da la impresión de un hombre que habla de lejos.

ENRIQUE

¡Lástima de cerebro!

GUEVARA

¿Y es siempre lo mismo?

ENRIQUE

A juzgar por los resultados...

ESTREMERÁ

¿Los líos de su mujer?

GUEVARA

Yo fui el primero que puso el dedo en la llaga

cuando empezó á susurrarse que no iba á Alemania.

ENRIQUE

Y cuidado que en la entrevista con Quintana, si todo ocurrió como él lo explica...

GUEVARA

Que así debió ocurrir: don Pablo no miente.

ENRIQUE

...pues no había motivos que justificaran esta guerra que le viene haciendo. Declinó don Pablo el honor de ir al Congreso; apoyó la renuncia en sus trabajos y en sus necesidades, que no le permitían abandonarlos; no ofreció su casa; pero transcurrieron unos días, pasó por el Ministerio, y le dejó tarjeta al director: ni más, ni menos...

GUEVARA

Pero como él había solicitado lo del Congreso...

ENRIQUE

Quien lo solicitó fué Carmen, su mujer.

ESTREMERERA

Pues por eso se tragó el otro la partida. La ocasión de obligarla con un favor se le escapaba.

GUEVARA

Y ahora dicen que le van á quitar la auxiliaría.

ENRIQUE

Es verdad: son las últimas noticias; por cierto que me extraña. No sé nada. Pero me parece que eso no puede hacerse dentro de la ley.

ESTREMERERA

Entonces lo harán.

GUEVARA

No siendo legal... ¿quieres decir?

ESTREMERERA

Naturalmente... Los olvidos involuntarios de la ley tienen remedio: basta con una súplica, con una

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

recomendación á tiempo, y nada ocurre. Pero lo violento, lo ilegal, lo ilícito, eso lleva siempre á su espalda la voluntad de un hombre decidido á sostenerlo contra todos y á meterlo, á martillazos, como pueda, en la letra viciosa de la ley: contra eso no hay nada.

GUEVARA

Tendrá que parlamentar.

ENRIQUE

Pues don Pablo no es de los que ceden.

ESTREMEIRA

No sé; yo, á pesar de todo, me defendería. Con un poco de espíritu de intriga, si remueve influencias y hace valer sus méritos y va á la guerra franca con Quintana, tiene arraigo en el claustro para derrotarle. Y si le derrota y se sale con la propiedad de la cátedra (que todo es posible), como esto le da su poquito de aureola y más influencia y más dinero, reconquista de paso á su mujer. A ella le importa un pepino de los hombres: lo que quiere es subir, *¡subir!*, como ella dice. ¿No se lo habéis oído alguna vez? Pues tiene gracia hablando.

ENRIQUE

A mí no me hace ninguna.

ESTREMEIRA

Tú le tienes tirria porque Glorita la quiere más que á ti.

ENRIQUE

No; de eso no hablemos.

GUEVARA

Pues á mí me parece que lo que va á hacer el maestro es lo que dices tú; por de pronto, ya tiene solicitada la propiedad de la cátedra.

ENRIQUE

¡Si eso es ya viejo! De entonces data la amistad de Carmen con Quintana: se lo presentaron en casa del doctor Arroyo.

GUEVARA

Pues la cosa viene de lejos...

ESTREMERERA

¡Toma!

ENRIQUE

Pero don Pablo ni una sospecha tuvo nunca: estoy seguro. De haberla tenido, por vaga que fuese, cuando la barbaridad de Isidro, no le habría echado de casa como le echó aquella tarde.

GUEVARA

¡Pobre viejo bedel!

ESTREMERERA

Da pena encontrarle por la calle. Está más loco que nunca. Acabará mal.

GUEVARA

Bueno, algunas mañanas yo he visto al viejo y á don Pablo pasear por la Moncloa: no le abandonó del todo; y no parece que se llevan mal.

ENRIQUE

Pero el desdichado dió un bajón. Para él esto era

la vida. Suele estar en la esquina, ahí mismo, en un portal, como si no pudiera quitarse de mirar, por lo menos, la ventana del laboratorio.

Hay una breve pausa; ESTREMERERA consulta el reloj.

ESTREMERERA

Llevamos ya dos horas.

ENRIQUE

Pues yo me felicito de que el viejo, desde que se han puesto así las cosas, no esté en casa. Por lo menos no habrá escándalo.

ESTREMERERA

¡Quién sabe!

GUEVARA

¿Y á ti te parece que ahora tampoco... vamos... que don Pablo no tiene dudas todavía?

ENRIQUE

Dudas, no sé; convencimiento, no. Cuando me

encuentra á solas, ayer, sin ir más lejos, se conoce que por no interrumpir su monólogo de todo el día me habla de ella. Y él mismo se hace el pro y la contra. Que tiene ambición y vanidad; que es voluntariosa, fría; pero ¡tan buena! ¡que le cuida á su hermana con tanto cariño! Y es verdad... Se le arrasaron los ojos.

GUEVARA

¡A mí me da iral

ESTREMEIRA

Yo, en tu caso, le llevaba esta tarde del brazo hasta la esquina, cuando ella salga; nada más.

GUEVARA

Lo merecía, porque es estar ciego. Es vergonzoso.

ESTREMEIRA

¡Sulfura, hombre, sulfura!

ENRIQUE

Nos olvidamos de un detalle: la quiere con toda su alma.

ESTREMEIRA

Viene.

Se entreabre la puerta del fondo y aparece don PABLO — otro hombre, desde el acto anterior—; la vida, en estos pocos meses, ha dado cuenta de él.

GUEVARA

Buenas tardes, don Pablo.

PABLO

¡Ah, perdón!... ¿Me esperan ustedes todavía?..  
¿No es muy tarde?..

ENRIQUE

No sabemos... Nos entretuvimos charlando, discutiendo, y no nos dimos cuenta de que pasara el tiempo. Digo, yo á lo menos.

GUEVARA

No, no; todos.

ESTREMEIRA

Todos.

PABLO

Después de consultar el reloj: con cierta triste ironía.

Las seis: hace dos horas que debía haber empezado la lección.

GUEVARA

Si no tiene usted prisa...

ENRIQUE

Nosotros estamos dispuestos á darla todavía.

PABLO

No; mañana. Por hoy basta con la que ustedes me han dado y que yo les agradezco.

ENRIQUE

¿Nosotros, don Pablo?

GUEVARA

Don Pablo, ¿nosotros?

PABLO

No; si no lo digo con resentimiento; si no les echo nada en cara; ¡si no pueden ustedes imaginarse á lo que me refiero! Pero me han dado una lección.

ESTREMERÁ

¿Por qué, maestro?

PABLO

Porque esta miserable vida humana tiene momentos en que el dolor es la prueba más desatinada de orgullo que pueden dar los hombres. Ya lo saben todos ustedes: un enfermo, un desdichado, son casos parciales, insignificantes, de enfermedad ó de dolor. Y, sin embargo, cuando sufrimos, á los que sufrimos, si observamos nuestro dolor con el microscopio del orgullo, se nos antoja tan grande y de tal naturaleza, que no sólo él forma ley, sino que esta ley de nuestro dolor queremos imponerla á los demás. Es lo que ocurre con la lágrima, señores: una gotita de agua acre y salada que nos empaña la retina; pero nosotros decimos que nos tapa el sol. Y ¡claro!... al que sufre, si se le olvida que pasan las horas, le parece imposible que el tiempo siga corriendo para los demás. Yo no hubiera podido jurar que la vida continuaba su marcha cuando abrí esa puerta y me reciben ustedes con las pa-

labras de todos los días; y en mi laboratorio—el de siempre—ocupan ustedes los sitios de costumbre; y han acudido á la misma hora y podemos comprobar que transcurrieron dos desde que yo faltó. ¡Qué lección, señores!... Hay clase, hay horas de clase, discípulos que acuden á escucharme; el mundo está igual; no sólo continúa la vida, sino que es la misma de todos los días. Fué más que una lección, casi un consuelo; no lo olvidaré.

GUEVARA

Si tiene usted preocupaciones y angustias, ¿le parece que interrumpamos el curso unos días?

ENRIQUE

Después los ganaremos.

PABLO

¡Ah, se contagiaron ustedes! ¿Ya creen también que la vida debe interrumpirse y alterarse? ¡No faltaba más!

Dominándose con visible esfuerzo.

Mañana aquí, puntuales. Van á imaginarse ustedes que todavía está en casa el pobre Isidro para dar con los nudillos en mi puerta á la hora de siempre;

“Pablo, clase“. Y luego, en el momento justo, ni minuto más, ni minuto menos: “Pablo, señores, la hora“. ¿Recuerdan ustedes? ¡Pobre viejo! Hasta mañana.

Situación: salen los discípulos. ENRIQUE, tímidamente, sigue á don PABLO. Cuando le ve decidido á abandonar el laboratorio por la lateral izquierda, le detiene.

ENRIQUE

Don Pablo.

PABLO

¿Te quedas, Enrique?

ENRIQUE

¿Querrá usted que hablemos hoy?

PABLO

¿De mi hermana?... ¿Y para qué, muchacho?

ENRIQUE

Para saber su opinión.



PABLO

¿Dudais de mi afecto?

ENRIQUE

No quisiera hablar al hermano, sino al médico.

PABLO

Bien; espérame aquí; vuelvo en seguida. El tiempo de soltar estos estorbos y de arreglarme un poco, porque voy á trabajar.

ENRIQUE

¿Puedo ayudarle?

PABLO

Ten la bondad de hacerme unas preparaciones para observar, en lámina sencilla.

ENRIQUE

¿De los últimos cultivos?

PABLO

Sí, hasta luego.

Sale por la lateral derecha. ENRIQUE llega á la mesa y empieza á buscar cristales y portaobjetos para hacer sus preparaciones. Vierte éter sulfúrico en una cubeta de porcelana: lava los cristales; los quema en una lamparilla de alcohol y los deja luego sumergidos en el baño de éter.

Entra por la lateral izquierda GLORIA.

GLORIA

¿No está Carmen?

ENRIQUE

¡Buscarla aquí! No pisa el laboratorio; pero se ve que tú no puedes estar sin ella, ni á mi lado.

GLORIA

¡Alto el carrol! Puede que te escurras á ser desagradecido, si vas por ese camino, y luego tendrías que pedir perdón.

ENRIQUE

Si es á ti, no tengo inconveniente; perdóname, Glorita.

GLORIA

No es á mí. Para que podamos aprovechar el tiempo, me ha prometido Carmen que pasará por aquí cuando se vaya. Porque esta tarde tiene que salir.

ENRIQUE

Como todas; lo supongo.

GLORIA

Bien; pues no se hable más de ella; tú te pones tonto y á mí me da rabia.

ENRIQUE

¡Glorita!

GLORIA

¿Se puede saber qué estás haciendo?

ENRIQUE

Unas preparaciones; me las encargó tu hermano.

GLORIA

Basta, basta: á obedecerle sin chistar.

ENRIQUE

Es un minuto.

*GLORIA se acerca á la ventana y mira el cielo.*

GLORIA

¿Sabes que este Marzo van á ponerse los días como para darle á una ganas de vivir? ¡Dios mío, qué bonito estaba el cielo esta mañana!

ENRIQUE

¿Saliste, Gloria?

GLORIA

No faltaba más... Y me pesé, como corresponde á toda una convaleciente que sabe administrarse bien.

*Deja una pausa intencionada.*

¿No me preguntas?

ENRIQUE

Habrán pasado quince días desde la última vez;  
y en quince días...

GLORIA

Triunfalmente.

¡Medio kilo!

ENRIQUE

¿Menos?

GLORIA

¡Más!

ENRIQUE

¿De veras, Gloria?

GLORIA

Palabra de honor; medio, cumplido.

ENRIQUE

¡Qué alegría!

GLORIA

Pero, hombre, disimula un poco.

ENRIQUE

¿Mi alegría? ¿Por qué, Gloria?

GLORIA

Porque me hace mal efecto. No, de veras. Por mucho interés que á tu modo me demuestres alegrándote por eso, qué sé yo, no puedo remediarlo: cada vez que llega el caso, me hace mal efecto. No parece que me tengas cariño, sino que me estás ajustando á peso. Palabra de honor. Cincuenta kilos.—No me sirve.—Le advierto á usted que no hay mejor. —Ponga usted por el precio, cinco kilos más.—Va á ser muy difícil, caballero.—Esperaré.—Mire usted que pierde una ocasión.—Esperaré... ¡Demonio! ¡y de la espera no salimos! ¡Pues no me peso más; se acabó, Enrique! ¡Conténtese usted de una vez con lo que marca, y va ganando! ¿Se pesa el alma? ¿no, verdad? Pues ahí tienes tú: llegaré ó no llegaré á la tasa en lo demás ¡pero en el alma he echado el resto!—¿Hace?—Sí, que hace; pactado.—¡No vuelvo á pesarme!

ENRIQUE

Dejando la mesa y acercándose á ella.

Glorita...

GLORIA

Espera: ¿acabaste?

ENRIQUE

Eso pregunto yo: ¿acabaste? Porque como tú te lo dices todo...

GLORIA

No, no; vamos por partes. Esas preparaciones que te ha encargado Pablo, ¿están ya listas?

ENRIQUE

Dentro de unos momentos, en la estufa, las acabaré. Pero ahora hay que esperar un rato.

GLORIA

Entonces tienes la palabra.

ENRIQUE

Mira que voy á confundirte.

GLORIA

Confúndeme.

ENRIQUE

Esta tarde hablo á tu hermano.

GLORIA

¿Sí?

ENRIQUE

No hace mucho le pedí permiso.

GLORIA

Pues esta noche cenamos en familia.

ENRIQUE

¿Crees tú?...

GLORIA

Como si lo viera.